



Question

Periodismo / Comunicación
ISSN 1669-6581

Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-Compartir Igual
4.0 Internacional



El Tatuaje En Universitarios: De Lo Gráfico A lo Subjetivo

Gonzalo Rojas Reyes

Question/Cuestión, Nro.70, Vol.3, diciembre 2021

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e630>

El Tatuaje En Universitarios: De Lo Gráfico A lo Subjetivo (1)

The Tattoo In University Students: From The Graphic To The Subjective

Gonzalo Rojas Reyes

Universidad de Investigación y Desarrollo (UDI), Facultad de ciencias sociales y humanas.
Docente e investigador. Integrante del grupo de investigación UDIPSI.

Colombia

grojas4@udi.edu.co

<https://orcid.org/0000-0001-9376-7152>

Resumen

Este artículo aborda el tatuaje en estudiantes universitarios. Los humanos se tatúan desde el neolítico; en el siglo XXI se volvió una actividad común y comercial, con clientes por todo el mundo especialmente jóvenes. El texto se deriva de una investigación realizada a 64 estudiantes de psicología de Colombia de 18 a 25 años; se les entrevistó para conocer sus motivaciones para tatuarse, los contenidos simbolizados, las experiencias y los eventos con los cuales se relacionan sus tatuajes. Se encontró que el 73% de la muestra se realizó el primer tatuaje entre los 17 y 20 años; los primeros en efectuarlo fueron los varones. Entre los motivos para tatuarse, la rebeldía aparece en el último lugar. Todos los catalogan como un elemento artístico para decorar el cuerpo y simbolizar elementos relacionados con la subjetividad.

Palabras claves: tatuaje; jóvenes; adolescentes; universitarios.

Abstract

This article analyzes tattoos in university students. Humans have been tattooing since the Neolithic; in the 21st century it became a common and commercial activity, with especially young customers all over the world. The text is derived from an investigation carried out on 64 psychology students from Colombia between the ages of 18 and 25; They were interviewed to find out their motivations for tattooing, the symbolized content, the experiences and events with which their tattoos are related. It was found that 73% of the sample had the first tattoo between the ages of 17 and 20; the first to do so were the men. Among the reasons for tattooing, rebellion appears in the last place. They are all cataloged as an artistic element to decorate the body and symbolize elements related to subjectivity.

Keywords: tattoo; young people; teenagers; university students.

Introducción

Ver estudiantes universitarios con tatuajes en sus cuerpos se ha vuelto un asunto cada vez más usual en la sociedad actual. Su uso creciente, tanto en varones como en mujeres, ha impulsado la realización de diversos proyectos investigativos buscando nuevos datos que le permitan a la ciencia entender con mayor profundidad, las razones por las cuales este grupo poblacional también accede a los tatuajes, y argumenta encontrar en lo gráfico y en la piel, la técnica y el sustrato adecuados para materializar un simbolismo, capturado con tinta, que sirve de referente comunicativo identitario y de medio diferenciador para robustecer la individualidad de quien lo porta.

Tatuar la piel no es una praxis corporal nueva, constituye una conducta ancestral y milenaria ampliamente reconocida e históricamente documentada (Maita y Minaya, 2014). Los humanos lo realizan desde el periodo neolítico y no sólo para decorar el cuerpo, también para comunicar poder, erotismo, rangos jerárquicos, distinciones culturales, adhesiones religiosas, estatus tribales, vínculos familiares, posibilidad de autonomía, rebeldía, resistencia, emancipación, valentía, estigma social, aceptación grupal, protección frente al influjo de fuerzas espirituales superiores, etc., (Muñiz, 2019). En cada tatuaje que se lleva subyace una motivación concreta; la cual se materializa al cavar la piel para grabar en ella, con sustancias

colorantes orgánicas o inorgánicas (Vásquez, et al, 2017), unos trazos gráficos invasivos para que permanezcan visibles en el tiempo (Maita y Minaya, 2014; Prado y Barra, 2016).

El tatuaje surgió hace miles de años. Los datos históricos disponibles suelen mencionar al antiguo Egipto como un hipotético primer lugar donde de él hubo un uso colectivo (Walzer, 2015), liderado por mujeres (Muñiz, 2019) para marcar el tránsito de las niñas de la comunidad a la edad fértil y luego el inicio de la vida marital (Wiener, 2019). En el siglo XVIII se conoce un segundo grupo aún más numeroso, residente en la actual Nueva Zelanda, que también lo empleó: los guerreros maoríes (Muñoz, 2016). Para ellos llevarlos sobre la piel representaba un vistoso entramado cultural, nutrido de simbología tribal y poder espiritual, que le recordaba a cada guerrero la obligación moral de acrecentar su valentía y su fuerza física, como realidades mortíferas capaces de disuadir o amedrantar la ferocidad de cualquier enemigo que pretendiera asecharlos; función que resulta lógica y comprensible en un pueblo marcadamente bélico, pues de la habilidad combativa de sus valientes batalladores depende la subsistencia tangible de la comunidad y la preservación material de su territorio (Narváez, 2018). Para los estudiosos del ingenio gráfico, estos tatuajes se catalogan como los más artísticos de toda la antigüedad; por lo cual actualmente se encuentran tatuadores en diversos lugares del mundo que ofertan a sus clientes diseños inspirados en estos (Mejía y Londoño, 2015).

A mitad del siglo XX se encuentra un tercer grupo significativo de personas también tatuadas: los marineros americanos. Ellos aparte de realizárselos para recordar sus viajes por el mundo y manifestar adhesión corporativa, los llevaban para ayudar a facilitar el reconocimiento de sus cuerpos en un eventual naufragio y deceso en altamar.

Desde comienzos del siglo XX el tatuaje, aún elaborado con agujas caseras y de modo artesanal, pasó a ser usado por pandilleros, prisioneros, prostitutas y soldados en diversos lugares del mundo para simbolizar lealtades, rupturas, adhesiones, osadías, animosidad y pertenencias grupales. El hecho que estas personas empezaran a llevarlos en sus cuerpos suscitó y capitalizó múltiples estereotipos negativos hacia el tatuaje; en adelante a sus portadores se les comenzó a asociar, de manera a priori, con marginalidad y desviación social, trasgresión, salvajismo, delincuencia, refuto a la autoridad, y militancia activa y consciente en grupos abiertamente contraculturales (Pérez, 2009; Viguier, 2016, Muñiz, 2019).

En la década de los sesenta del pasado siglo, los hippies, los rockeros y los motociclistas, residentes en ciudades norteamericanas, también comenzaron a realizárselos con la novedad que los ubican en áreas del cuerpo cada vez más visibles. Ellos se tatuaban movidos por el fuerte influjo del arte popular de aquel momento, pero sobre todo por el empeño directo de encarar y desafiar el estigma que sobre el tatuaje se había acumulado en lo corrido del siglo XX. Propiamente buscaron resignificarlo (Querales, 2019) y abrirlo hacia nuevas comprensiones relacionadas con la exaltación de la libertad individual, la posibilidad real de mostrar rebeldía y resistencia ante los relatos culturales dominantes en la sociedad circundante, y la reafirmación plena del derecho que poseen todos los humanos a la libre autodeterminación sobre el propio cuerpo (Sastre, 2011; Viguier, 2016; Walzer, 2019).

Desde los años 90 del pasado siglo, los jóvenes aparecen entre los clientes más frecuentes de los lugares destinados a efectuar y comercializar el tatuaje (Camargo, Álvarez y Velasco, 2015). Cuando se trata de adolescentes quienes se los realizan, sin la previa aprobación de sus padres o sus cuidadores, frecuentemente estos hechos suscitan molestias e incómodas polémicas familiares.

Al llegar el siglo XXI, el tatuaje se ha convertido en un fenómeno social extendido por el mundo, por lo cual se ha transculturizado y ha entrado a formar parte de la amplia oferta de productos del mercado estético de la sociedad industrializada. Actualmente las cifras económicas lo posicionan como una atractiva oportunidad de negocio; Uribe (2019) señala que en el 2018 los tatuajes movilizaron un mercado de 1.600 millones de dólares en Estados Unidos, de 450 en México y de 190 en Colombia.

Actualmente el tatuaje ha roto ampliamente con el fuerte estigma que lo acompañó en el pasado; su aceptación social y popularidad han crecido por todas partes (Pérez, 2009). En lugar de asociarlo con militancias contraculturales, se le considera expresión de un movimiento artístico corporal que semiotiza la piel, y se reconoce que los cuerpos tatuados son sustratos vivos que portan textos ligados a la historia, la subjetividad y las emociones de los individuos (Walzer, 2019).

Las personas tatuadas forman un numeroso colectivo global, atraído por simbolizar la piel usando tinta (Walzer, 2019). El tatuaje siempre ha contado con simpatizantes fervorosos y

detractores acérrimos. A la fecha resulta interesante encontrar, que personas vinculadas con grupos sociales que en antaño aparecían como sus férreos críticos y opositores radicales, también portan tatuajes en sus cuerpos (Walzer y Sanjurjo, 2016).

Entre las explicaciones de su masificación, elevado uso y consumo excesivo, en las conversaciones informales suele señalarse como la razón causal de mayor alcance la fuerte influencia que, a través de los medios masivos de comunicación, ejercen algunos deportistas, músicos y actores famosos y reconocidos internacionalmente. Se considera que ellos al exhibir los suyos han conseguido posicionarlos como elementos de moda que permite visibilizar aspectos de su propia interioridad y captar amplia atención social (Narváez, 2018). Ante esta afirmación, cabe preguntarse si su actual propagación será sólo un asunto de moda impulsada por los famosos o habrá otros factores de la contemporaneidad que también entran a favorecerla (Pérez, 2009).

En sintonía con la tendencia mundial, en Colombia su uso y aceptación también ha crecido significativamente (Mejía y Londoño, 2015), a pesar que el tatuaje como práctica comercial es relativamente nueva. En Bogotá, el primer local dedicado a la tatuación se abrió en 1991 gracias a la denominada apertura económica promovida por el gobierno de entonces, la cual facilitó la importación al país de máquinas e insumos (Prieto, 2019).

Al presente, quizá el mayor obstáculo al cual aún se enfrentan algunos colombianos, con tatuajes realizados sobre todo en áreas visibles del cuerpo, aparece al momento de presentar entrevistas de trabajo o solicitar ascensos laborales. Tales reparos siguen dándose, aunque la corte constitucional colombiana, mediante sentencia T-413/17 del 2017, precisó su rechazo e ilegalidad por tratarse de actos discriminatorios contra los derechos fundamentales al trabajo y al libre desarrollo de la personalidad (Corte Constitucional, 2017).

Entre las áreas corporales tatuadas objeto de mayor discriminación, Mejía y Londoño (2015) mencionan el rostro, el cuello y las manos. El rechazo al momento de buscar vinculaciones laborales surge fundamentalmente porque la presentación del aspecto físico resulta desacorde con la imagen de la empresa; la cual se estima como un activo organizacional muy importante. Para el caso de los psicólogos profesionales, otro factor discriminatorio por portar tatuajes proviene de los propios consultantes, los cuales al verles

tatuajes en su cuerpo podrían rehusarse a iniciar o a continuar con los procesos de ayuda psicológica en curso.

El estigma para Goffman (2006), pionero en su estudio, conforma una marca atestada de estereotipos negativos que se imputan sobre ciertas personas, grupos sociales e incluso lugares; la cual suscita diversas conductas de subvaloración, desprecio, rechazo y marginación. La persona estigmatizada porta sobre sí una identidad social rebajada, erigida por otros ante el hecho de poseer en el cuerpo o en la forma de ser rasgos o características socialmente no deseables. Estas personas pasan a ser ciudadanos excluidos (Pérez, 2009) y por tanto expuestos a recibir obstáculos y restricciones en el acceso real a diversos derechos sociales como: trabajo, vivienda, vida social, etc.

Entre los jóvenes que se tatúan aparecen los universitarios. Llama la atención que ellos se los realicen a sabiendas que este hecho podría suscitar a futuro limitaciones u obstáculos al incorporarse al mercado laboral, especialmente en aquellos contextos donde se considera que llevarlos merma el profesionalismo del portador y desprestigia la imagen de la organización para la cual se trabaja; por tal motivo el presente estudio buscó explorar las motivaciones por las cuales los universitarios se tatúan.

La motivación en la conducta opera como un impulso contundente, que mezcla componentes de origen intrínseco y extrínseco que movilizan y enfocan la persona hacia la consecución de determinados fines o metas. La intrínseca se mueve por factores como autodeterminación, curiosidad, desafío y esfuerzo, mientras que la extrínseca se pone en marcha y se eleva ante la posibilidad real de obtener un beneficio deseable (Domínguez y Pino (2014). Si la motivación aumenta el pensamiento se focaliza más, y en consecuencia el interés por alcanzar el fin se incrementa; todo esto se ve reflejado en la persistencia de la conducta.

Con lo expuesto en este artículo académico se busca suscitar inquietud epistémica por el tema y la aparición de nuevas preguntas de conocimiento para futuras investigaciones.

Método

Se utilizó una investigación etnográfica de tipo cualitativo por la eficacia que esta muestra para comprender y describir fenómenos alrededor de las conductas humanas

(Sánchez y Ortiz, 2017); como técnica para recolectar los datos se acudió a la entrevista en profundidad. Las preguntas incluidas en las entrevistas se enfocaron en tres puntos: las motivaciones para realizarse el primero y los demás tatuajes, los contenidos simbolizados, y los eventos y experiencias ligados a los tatuajes que portan en sus cuerpos.

Todos los participantes se ubicaron por muestreo no probabilístico mediante la técnica bola de nieve dado que esta permite desentrañar población oculta apta para participar en las investigaciones (Baltar y Gorjup, 2012); además se contó con el apoyo social del Facebook. La ruta utilizada con cada participante fue: contactarlo, informarle del objetivo del proyecto y si aceptaba participar se concertaba la cita para la entrevista. Al terminar la entrevista se le pedía referir nombres de otros estudiantes que pudieran participar en la investigación. La búsqueda se suspendió cuando los datos que proporcionaban los entrevistados empezaron a repetirse.

Las entrevistas se realizaron mediante la plataforma MEET de google. Las conversaciones fueron grabadas. La información extraída se organizó en dos matrices: una descriptiva y otra interpretativa.

Participaron 64 estudiantes de 4 universidades del departamento de Santander (Colombia). Se consideraron como criterios de inclusión en la muestra: 18 a 25 años de edad, portar mínimo 3 tatuajes, estar estudiando psicología en una universidad del Departamento de Santander (Colombia) y disponibilidad para participar en la investigación. Para facilitar el anonimato de los participantes se cambiaron sus nombres.

Resultados

Los resultados presentan elementos que dan cuenta de las tres categorías con las cuales se analizaron los datos recolectados: motivos para realizarse el primero y los demás tatuajes, contenidos simbolizados en los tatuajes, y eventos y experiencias ligados a los tatuajes que estos jóvenes portan en sus cuerpos.

El 100% de los universitarios de la muestra catalogan los tatuajes como una modalidad de arte, expresan un concepto positivo sobre estos y afirman que los portados han sido realizados por iniciativa propia. En cada tatuaje que llevan subyace una elección personal: la cual para algunos ha sido más consciente y ha requerido más tiempo. «Los tatuajes que tengo

me los hice por mi propio gusto. Desde cuando estaba en el colegio me llamaban la atención. Lo pensé bastante, pero un día me decidí y de una me mandé a hacer este que tengo aquí en el pecho. Me lo hice justamente cuando empecé la universidad» (Jorge, 20 años).

Al explorar los motivos para tatuarse, se encontró un dato muy interesante: las respuestas que dan los participantes varían significativamente en contenido dependiendo del plano conversacional en el cual el entrevistador les formula las preguntas. Una vez se percibió este dato, la investigación modificó la manera de situar el diálogo en las entrevistas. Al respecto se identificaron dos planos: uno superficial y otro personal.

El Superficial: se percibió cuando a los entrevistados se les preguntaba explícitamente: «¿Qué lo motivó a tatuarse?» Las respuestas suministradas, en este plano, apuntan generalmente hacia dos focos: «el simple gusto de tatuarse para llevarlos consigo» (75%), y «saber qué se siente» (25%). Esta idea puede notarse en los siguientes fragmentos de entrevistas: «Realmente me lo hice porque los tatuajes me gustan, yo diría que fue un impulso que tuve y busqué la manera de lograrlo» (Camilo, 20 años). «Principalmente porque me llaman la atención y simplemente quería tener uno en mi cuerpo» (Vanesa, 21 años). «Me parecen bonitos y además le dan un toque personal al cuerpo» (Juliana, 19 años). «En mi caso me hice el primero porque quería uno. Un día fui con unos amigos a mirar los diseños que había en un lugar donde tatuaban. Escogí uno que me gustó y me lo hice» (Cristian, 20 años).

El Personal: este apareció al enfocar la conversación directamente en los tatuajes que portan los entrevistados. «Quisiera que hablemos del primer tatuaje que se hizo. ¿Qué lo impulsó a realizarlo?». Aquí las respuestas suministradas por los entrevistados se alejan del simple gusto de llevarlos consigo y el aspecto decorativo, para darle espacio a los significados atribuidos y los motivos de su realización.

Los jóvenes de la muestra se han realizado tatuajes no simplemente porque «les gustan», «les parecen bonitos» o «lucen bien», sino porque lo graficado en la piel remite y resulta relevante para expresar fragmentos de su historia de vida y su subjetividad juvenil. Así, aunque sus tatuajes sean idénticos a los que otros jóvenes llevan, cuando los graban en su piel, los revisten de significados y los conectan con experiencias personales.

Respecto a las motivaciones para tatuarse se hallaron orientaciones diversas; para su estudio todas estas se clasificaron en 5 categorías:

1.- Para destacar momentos ligados a capítulos de vida, que ellos han abierto o cerrado. Esta categoría abarca el 46% de las razones de la muestra. Aquí el tatuaje da perennidad a recuerdos gratos y valiosos ligados a la vida del joven; recuerdos que remiten a experiencias familiares preciadas, relaciones amorosas inolvidables, tener hijos, pertenencias significativas a grupos sociales primarios y secundarios, paso por instituciones. «Tener la hija que tengo se me volvió mi motor. Yo no me imaginé que, a uno, un hijo le cambiara tantísimo la vida. El amor que me une a ella fue lo que quise representar con este corazoncito que llevo aquí tatuado» (Fernanda, 22 años).

2.- Para conmemorar logros alcanzados. Esta ocupa el 29% de los motivos. El factor que impulsa al joven a tatuarse radica en la sensación de victoria; a la cual él siente haber colocado esfuerzo, dedicación y sacrificio. Los logros referidos, los verbalizan como metas o proyectos personales conseguidos: ingreso a la universidad, viajar y conocer sitios, consecución de bienes materiales, dominio de un arte. En esta categoría también se incluyeron los tatuajes dirigidos a homenajear personas y lugares por los cuales se guarda afecto, admiración, amor y simpatía:

Para mí, mi mamá es la persona a la que le debo todo lo que soy. Mis padres son separados. Ella es la que siempre ha estado conmigo. Todo lo que soy realmente se lo debo a ella. Por eso decidí poner su nombre aquí en mi pecho (John, 21 años).

3.- Para festejar situaciones adversas superadas. Estas ocupan el 13%. Entre las realidades que por esta vía suelen llevarse al tatuaje aparecen: empoderamiento frente al acecho intimidante de los propios miedos, complejos y temores existenciales que en el pasado se veían infranqueables; enfermedades y muerte de seres entrañables. El tatuaje celebra haber superado esas situaciones y los aprendizajes derivados:

Tuve un accidente en moto; no sé cómo estoy vivo. Estuve en coma clínico un tiempo y luego vino la recuperación de las fracturas. Todo esto me dejó experiencias de

fortaleza que no pensé que pudieran darse en mí, me dejó amor por la vida y mayor sentido del valor que tiene el momento presente y el autocuidado (Carlos, 22 años).

4.- Para simbolizar valores y virtudes que enrután el devenir de la vida. Este grupo representa el 10% de los motivos hallados. El contenido iconográfico de los tatuajes de esta categoría expresa: libertad, fortaleza, familia, alegría, constancia, trabajo, fe, amor y amigos. Escribir estas palabras en la piel sirve para mostrar los énfasis axiológicos desde los cuales el joven se mira a sí mismo y desde donde quiere ser visto. Los valores expresados, ellos los han internalizado a partir de sus experiencias personales y culturales. El tatuaje en esta categoría se asume como una propuesta comunicativa existencial con una estética diferente.

Como ya le mostré, en mi brazo derecho coloqué dos palabras: familia y alegría. Son dos cosas que le dan sentido a mi vida. Quiero que cada vez que las lea, me llene de optimismo y me acuerde que debo luchar por los que amo y me aman (Steven, 20 años).

5.- Por rebeldía, para expresar independencia y rechazo al autoritarismo. Es la categoría menos numerosa de toda la muestra, solo un 2% manifestó haberse tatuado por rebeldía, primordialmente hacia las dinámicas familiares impositivas, autoritarias y prohibitivas de sus hogares.

Aquí el tatuaje funciona como un elemento reactivo y afirmante del derecho del joven a elegir libremente aquello que quiere para sí mismo:

En mi familia los tatuajes son mal vistos, dicen que no son para gente de bien. Porque dizque en la biblia dice que los que se tatúan se van para el infierno. Cuando tenía como 16 años les conté que quería hacerme uno, y de inmediato se opusieron. Así que tuve que esperar a cumplir los 18. Eso sí tan pronto los cumplí, fui y me hice uno. Yo sabía que lo que hacía no les iba a gustar, pero era mi decisión y tendrían que aceptarlo (Julián Andrés, 22 años).

Lo paradójico de estos casos, es que la familia sin quererlo, con las actitudes impositivas y descalificadoras, contribuye a que el hijo más rápido realice aquello que como familia rechazan.

Aquí el tatuaje sirve al joven para comunicar adultez, autonomía para tomar decisiones personales duraderas, para ejercer libre autodeterminación sobre su cuerpo, y para asumir las consecuencias derivadas de sus actuaciones.

Respecto a la edad de ingreso a los tatuajes, los datos muestran que de los 17 a los 20 años el 73% de los jóvenes de la muestra se realizó su primer tatuaje. Los varones empezaron primero, representado por un 65% a los 17 años, en contraposición a un 25% de las mujeres a los 18 años. Mientras que el segundo tatuaje y los sucesivos para un 66 % de la muestra fueron efectuados entre los 21 y 24 años. También la muestra dejó ver que los varones, a diferencia de las mujeres, tienden a hacerse tatuajes más grandes y en áreas corporales más notorias.

Los hombres se realizan más pronto el segundo tatuaje que las mujeres. El tiempo intermedio varía según el género. En los varones el 67% demoró 3 años, 22% 4 años; 9% 2 años y 8% 1 año. En las mujeres el 73% demoraron 4 años, el 12 % 3 años, el 11 % 2 años y el 3 % 1 año.

Tabla 1: *Intervalo temporal entre el 1° y 2° tatuaje*

Tiempo entre el 1 y 2 tatuaje	Porcentaje en hombres	Porcentaje en Mujeres
4 años	22%	73%
3 años	67%	12%
2 años	9%	11%
1 año	8%	3%

Fuente: elaboración propia

A medida que los jóvenes van agregando tatuajes al cuerpo escogen con mayor atención los motivos que los componen: «Me tomé un buen tiempo para escoger lo que quería poner en mi segundo tatuaje, la ventaja es que ya tenía idea de qué tanto dolor se siente»

(Alex, 23 años). “El primero me lo hice por curiosidad. Quería saber qué tanto dolor sentía. El segundo me lo hice años después, ese sí lo pensé más porque uno ya tiene idea del dolor al que se expone. Incluso para el segundo pensé mejor el diseño que quería ponerle» (Esteban, 24 años).

Discusión

Los resultados de esta investigación dejan ver que todos los jóvenes universitarios incluidos en la muestra se han tatuado por iniciativa personal; lo graficado en la piel remite a experiencias, vivencias e ideas derivadas de sus contextos relacionales y la historia de vida. Aunque los tatuajes que llevan no siempre son únicos, ellos al colocarlos en la piel asumen los significados dados por sus diseñadores, y los personalizan relacionándolos con vivencias y narrativas propias. Cada tatuaje cumple una doble función: decorar el cuerpo y también comunicar conmemoración, recuerdo, gratitud, tributo, enseñanzas, valores, ruptura de dinámicas familiares impositivas, etc. Los tatuajes los perciben como parte de su propiedad personal. Los anteriores son resultados también presentes en otras investigaciones con las cuales esta coincide.

Un foco discursivo para abordar es por qué el tatuaje se ha convertido en las últimas décadas en un fenómeno con una voraz expansión, especialmente entre la población joven. ¿Qué está pasando en la sociedad para que las personas, especialmente los jóvenes se vean impulsados y atraídos a realizarse esos trazos de difícil borradura en la piel?

Su expansión podría ser efecto de la dinámica cultural de esta época histórica donde la singularidad del sujeto, tal como lo señala Prieto (2019), resulta debilitada por el influjo dominante de la globalización. Por tanto, si la dinámica global propicia una progresiva estandarización de: conductas, ejes de pensamiento, predilecciones por el consumo de música, comida, vestuario, tecnología, etc., las cuales de manera paradójica le reducen a la persona la posibilidad de elegir, el tatuaje aparece como un medio contestatario para reclamar y acentuar los derechos a la individualidad y la diferencia inherentes a todas las personas. Con el tatuaje sus portadores estarían señalándole a la sociedad que lo estandarizado no puede presentarse como destino cultural común, porque anonimiza las singularidades, y termina imponiendo pautas a seguir en situaciones que la persona por sí misma le corresponde elegir; en esto la

investigación coincide con lo planteado por Muñiz (2019). Desde esta mirada, su expansión masiva podría leerse como una reacción artística ante una singularidad desmoronada que además es presentada como imposible (Moguillansky, 2011).

En lo referente a los universitarios, su expansión podría verse favorecida por el hecho que la educación superior promueve en el estudiante su capacidad crítica y le aviva el sentido de su singularidad como sujeto. Esta búsqueda de singularidad y afirmación de la diferencia podría estar generando una fuerte tendencia de pensamiento que atrae a los jóvenes de comienzos del siglo XXI al uso de los tatuajes.

Los tatuajes de una parte constituyen un asunto personal, por los contenidos y las decisiones que los acompañan, pero también conforman un fenómeno claramente cultural. Por tanto, para ahondar en ellos y conseguir descifrar sus significados, además de los factores individuales, se requiere explorar el entorno cultural de quien se tatúa (Contreras, 2018) para detallar mejor, la influencia tanto del amplio contexto social como del entorno cultural juvenil circundante.

Tatuarse no se reduce explicativamente a una moda, dado que la moda exalta lo fugaz y efímero para intentar saciar el deseo frenético consumista de probar novedades (Doria, 2012). En cambio, el tatuaje en lugar de buscar novedades, lo que hace es graficar contenidos para retenerlos y mantenerlos visibles e imborrables en el tiempo.

Respecto a su creciente expansión registrada en las últimas décadas, podría entenderse como una insistente búsqueda individual y colectiva, solo que aún no se ha logrado detectar claramente su objeto. Esta búsqueda no resuelta ha sido aprovechada por el mercado capitalista del tatuaje para obtener significativos dividendos.

¿Por qué no basta uno un solo tatuaje? Al parecer habría una proporcionalidad directa: a mayor necesidad de singularidad experimenta la persona aumentaría la posibilidad de incorporarse más tatuajes, y cada vez menos discretos en tamaño y ubicación. Sin embargo, la anterior es una relación que, aunque aparece frecuente en la literatura conviene revisarla con cuidado. La persona probablemente no consigue la singularidad deseada simplemente adicionándose tatuajes en la piel. La singularidad entendida como factor que rompe con lo

estandarizado, le exige a la persona comprometerse en un proceso integral de crecimiento que traspasa la piel. Lograrlo requiere vivir arraigado a valores, principios, dinámicas cotidianas y un sólido proyecto de vida que conduzca a alcanzar resultados, que permitan inferir que su singularidad realmente marca diferencia y aventaja al resto.

Conclusiones

La motivación que acompaña la decisión de tatuarse puede ser objeto de investigación, porque forma parte de la conducta, y la persona puede verbalizarla si se le indaga al respecto. Conocer con detalle las motivaciones para tatuarse resulta valioso para comprender mejor la razón de ser de esta práctica, cada vez más frecuente en la actualidad.

Tatuar la piel es una conducta milenaria que ha estado presente en diversas culturas de la humanidad, pero al llegar el siglo XX fue estigmatizada, catalogándola de contracultural y despreciable. Para el tatuaje, los últimos 50 años se han convertido en un periodo donde progresivamente se ha ido despojando del estigma y se ha posicionado como un elemento artístico con amplia aceptación social; entre sus portadores más frecuentes sobresalen los jóvenes.

Esta investigación logró puntualizar cinco categorías motivacionales que impulsaron a los universitarios de la muestra a acceder al tatuaje. Convendría realizar otras investigaciones para indagar por las razones motivacionales de otros grupos de jóvenes tatuados no universitarios, para comparar los resultados y lograr identificar diferencias y similitudes.

Esta investigación deja ver que el tatuaje es un asunto difícil de categorizar. Su perennidad lo aleja del calificativo de moda, la cual en sí misma es fugaz; sin embargo, pareciera tener algo de ello dada la cantidad creciente de población que en estos últimos años lo usa. Quizá convendría pensarlo como una marca para decorar, comunicar y externalizar fragmentos provenientes de los contextos relacionales y la subjetividad de la persona; también como expresión de una búsqueda, ligada a la contemporaneidad, que aún no se ha logrado precisar.

Referencias bibliográficas

- Baltar, F. & Gorjup, M. (2012). Muestreo mixto online: Una aplicación en poblaciones ocultas. *Intangible Capital*, 8 (1), 123-149. <https://bit.ly/3ou6Kai>
- Camargo, B.; Álvarez, D. & Velasco, D. (2015). El cuerpo como símbolo e identidad en los adolescentes: creencias sobre la estética del cuerpo. *Actualidades Pedagógicas*, (65), 69-87. <https://bit.ly/3f18EMC>
- Contreras, C. (2018). Tinta y piel: el tatuaje como representación de la identidad personal y social. *Analogías del comportamiento*. 16; 78 - 91. <https://bit.ly/3427Sbz>
- Corte Constitucional (2017). *Sentencia T-413/17*. <https://bit.ly/2S3BiUi>
- Domínguez, J. & Pino, M. (2014). Motivación intrínseca y extrínseca: análisis en adolescentes gallegos. *INFAD Revista de Psicología*, 1(1), 349-358. <https://bit.ly/3eZdr12>
- Goffman, I. (2006). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Maita, P. K. & Minaya, E. E. (2014). El trauma en la piel: El registro de Tatuajes Paracas.
- Wiener, S. (2019). El mundo de corazón de loba tatuajes del siglo XX. [Trabajo de grado, Universidad de Sevilla]. <https://idus.us.es/handle/11441/91792>
- Mejía, C. & Londoño, N. (2015). *El tatuaje como posible objeto de interposición en el ámbito laboral y social*. [Trabajo de Grado, Pontificia Universidad Javeriana]. <https://bit.ly/3eZrjZ3>
- Moguillansky, M. (2011). Globalización, cultura y sociedad. Cambio cultural, géneros discursivos y estructuras del sentir. *Andamios*, 8 (17), 323-344. <https://bit.ly/3uZudCH>
- Muñiz, M. (2019). *Psicología del tatuaje*. [Trabajo de Grado, Pontificia Universidad de Comillas]. <https://bit.ly/3hOUdgv>
- Muñoz, P. (2016). *Representación del tatuaje tradicional de Nueva Zelanda*. [Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid]. <https://bit.ly/3wgJCi5>
- Narváez, (2018). *El tatuaje como textualidad y mensaje. La modificación del cuerpo: simbologías e identidad*. [Trabajo de grado, Pontificia Universidad Católica del Ecuador]. <https://cutt.ly/tf2ZOYW>
- Necrópolis. *Jangwa Pana*, 13, 14 – 33. <https://bit.ly/3u8pugV>
- Pérez, A. (2009). Cuerpos tatuados, "almas" tatuadas: nuevas formas de subjetividad en la contemporaneidad. *Revista Colombiana de Antropología*, 45(1), 69-94. <https://bit.ly/3fsTazU>

- Prado, L. & Barra, J. (2016). Estudio sobre la Representación Social del Tatuaje en adolescentes de 13 a 18 años. *Fides et Ratio*, 12, 61 – 79. <https://bit.ly/2T1ckW1>
- Prieto, A. (2019). *El Cuerpo-tatuado y las tecnologías del yo, el tatuaje en el contexto bogotano*. [Tesis de Maestría, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario]. <https://bit.ly/33ZKlIn>
- Querales, M. (2019). El tatuaje en el mundo contemporáneo: un recurso signifiante para la subjetividad individual. *Estudios del Discurso*, 5(1), 1-24. <http://esdi.uaem.mx/index.php/esdi/article/view/28/11>
- Resifeld, S. (2005). *Tatuajes, una mirada psicoanalítica*. Paidós Ibérica Ediciones.
- Sánchez, C. & Ortiz, P. (2017). La netnografía, un modelo etnográfico en la era digital. *Revista Espacios*, 38(13), 28 – 38. <https://bit.ly/3wuyYVI>
- Sastre, A. (2011). Cuerpos que narran: la práctica del tatuaje y el proceso de subjetivación. *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, 7(1), 179-191. <https://bit.ly/3orRMBH>
- Stehli, M. (2015). Prácticas corporales y conversión al oficio entre tatuadores y perforadores. *Campos*, 16(1), 9-29. <https://bit.ly/3fsVqHo>
- Uribe, E. (2019). Modelo de negocio: Abre un estudio de tatuajes. <https://bit.ly/3tXkL1q>
- Walzer, A. (2015). Tatuaje y significado: en torno al tatuaje contemporáneo. *Revista de Humanidades* (24), 193-216. <https://bit.ly/3wqlmfZ>
- Walzer, A. (2019). Tatuaje: ¿Entre el arcaísmo y la moda? *AISTHESIS*, 95, 95-114. <https://bit.ly/3tTCzKI>
- Walzer, A. & Sanjurjo, P. (2016). Los medios de comunicación y el tatuaje contemporáneo. *Communication & Society* 29(1), 69-81. <https://bit.ly/3bEYoY2>
- Vásquez, M., Sánchez, M., Brizuela, A. & Rivera, I. (2017). Tatuajes: de la tinta a la dermatología. *Revista Dermatología Venezolana*, 55(1), 9 –18. <https://bit.ly/3v0HIYg>
- Viguer, E. (2016). Cuerpo-disidente, cuerpo-que se defiende. El tatuaje, una “piel de resistencia”. *Revista Corpo-grafías: Estudios críticos de y desde los cuerpos*, 3(3), 16-31. <https://bit.ly/33YiKHw>

Notas

1 Este artículo se deriva de un proyecto de investigación que fue presentado y aprobado en convocatoria que realizó la universidad de investigación y desarrollo (UDI) en el año 2020.